

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



NO HAY ESPERANZAS (CIEGAS) EN LA I. A.

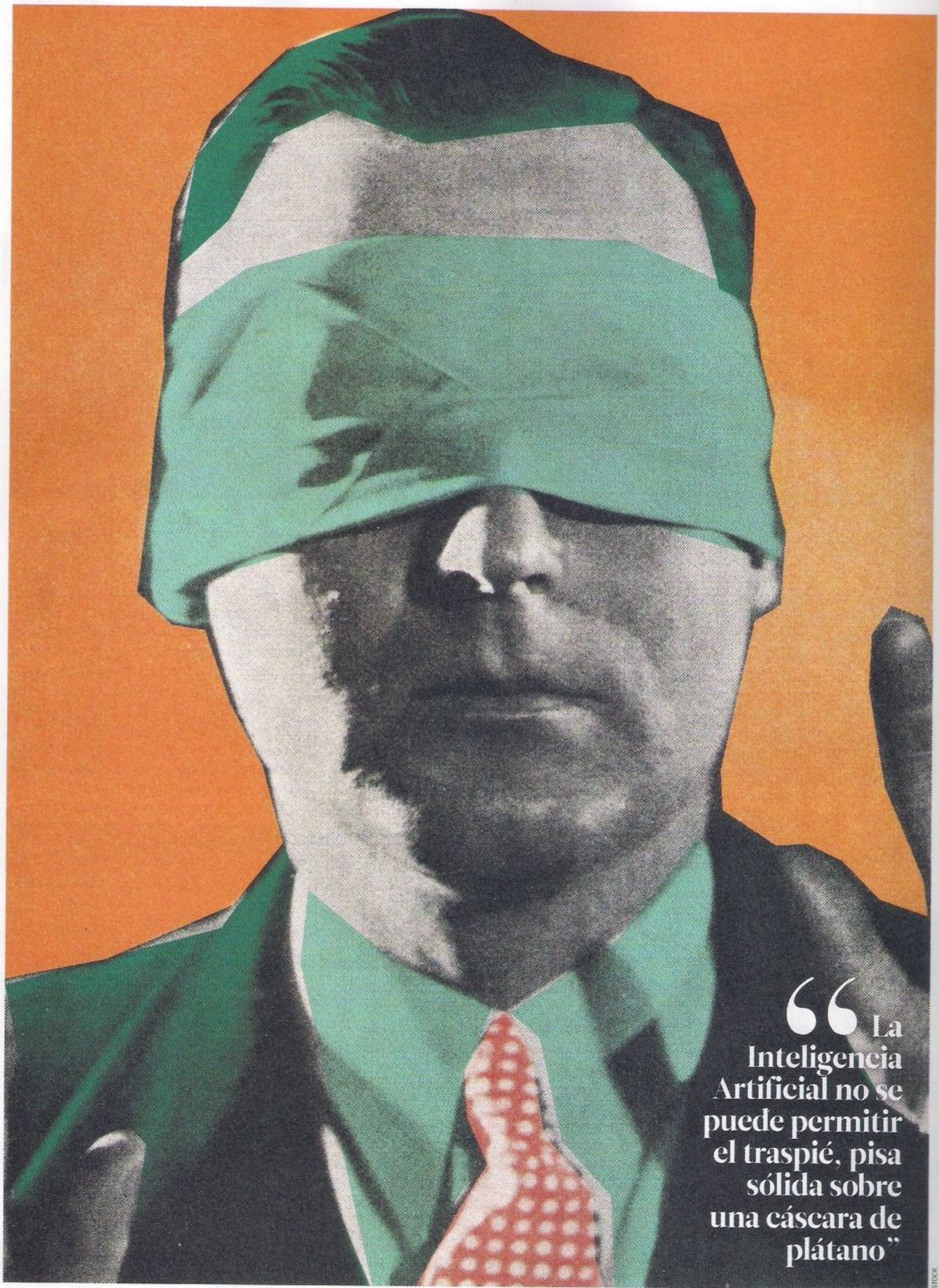
LA INTELIGENCIA HUMANA BUSCA DISTRACCIONES PARA NO RECORDAR SU FATÍDICO FINAL. LA ARTIFICIAL, SIN EMBARGO, TODO LO REDUCE A DATOS Y NO PUEDE PERMITIRSE SER ERRÁTICA.

Prometeo está encadenado. Así empieza a relatarlo Esquilo. Eternamente solo, en lo alto de un risco donde ninguna voz de los mortales llega. Su lamento sí arriba a oídos del coro de las Oceanídes que se apiadan de él. Ayudar a los humanos lo ha llevado hasta allí, hasta este tormento ordenado por Zeus. Cuando el coro compungido le pregunta de qué forma ha auxiliado a los humanos, Prometeo le indica que intentó aliviarles del infinito dolor de saber que van a morir. Las Oceanídes se sorprenden y le preguntan cómo consiguió semejante logro. Prometeo responde con una de las frases más sobrecogedoras de la literatura griega: «Planté en sus corazones esperanzas ciegas».

SUENA TERRIBLE. Si nos podemos mantener en pie, un día y otro y otro pese a conocer nuestro inevitable y aterrador destino es solo porque nos acogemos a ilusiones que no se apoyan en lo que a ciencia cierta sabemos, esperanzas sin fundamento, ciegas. Suena terrible pero es salvífico. Trágico sin género de dudas, pero redentor. La inteligencia humana es tan sorprendente que hasta puede de vez en cuando dejar de ser inteligente, se puede dejar distraer, engañarse con una fruslería, fracasar con un talento infinito por un «quizá» que contraviene un «con toda seguridad», errar gloriosamente en un pronóstico seguro a cambio de una posibilidad inviable, hacer todo eso por seguir un minuto más en pie mirando de frente a lo fatídico. Un humano puede «hacerse el tonto». Ese es el extraordinario don que nos inculca en nuestro principio estructural Prometeo. El poder mandar a la mierda a Sileno, cuando, según relata Nietzsche, un acogotado rey Midas le pregunta qué es lo mejor y lo más conveniente para un ser humano, a lo que el que todo lo sabe le responde con una risotada: «Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti morir pronto». Pero, ¿cómo coño voy a dejar de ser o desear morirme ya si esta noche juega el Atlético?, le responderá la inteligencia humana. ¿Pues no será bobo el sátiro ese con sus

consejitos?... Anda y vete yendo tú primero, gordo Sileno, que a mí me da la risa, ¿No haber nacido?, pero si me acabo de comprar unos zapatos fetén, la chica aquella que atiende en el colmado me ha sonreído y además hago *mindfulness* los martes y viernes... Eso pensaría la inteligencia humana, preñada toda ella en su potencia de las gloriosas «ciegas esperanzas».

LOS QUE TEMEN QUE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL, en su inimaginable capacidad de procesamiento, pueda un día hacerse tan humana que como humana nos supere, no contemplan este argumento ontológico. Se argumenta que al carecer de corporalidad no accede a la experiencia directa con el mundo real, que en su desarrollo el generar una conciencia sería un estorbo para computar (o vamos a setas o vamos a Rolex), que no puede tener una arquitectura siempre igual a sí misma pero para funciones diametralmente distintas como sí la tiene el córtex cerebral... Pero todo eso son cortapisas técnicas que se superaran con tiempo y con la aplicación a ella de la inteligencia humana. El fundamento de la I.A. es el cálculo y su propósito lo infalible. Para ella todo, desde la tristeza hasta la belleza, desde la vejez a un destello o a un crisantemo, es reducible a dato y todo procesable con el fin último de no marrar. La Inteligencia Artificial no se puede permitir el traspie, pisa sólida sobre una cáscara de plátano, ni puede reírse de ella misma por su torpeza al caer, no puede errar (*errare humanum est*) ni ser errática, no puede aburrirse ni ser vagabunda, siempre habrá datos que procesar, resultados que dar, rendimientos que sobrepasar. No se puede dejar engañar, no se puede distraer un tiempo imperceptible por un «¿y sí?» o por una gota de lluvia, debe ser infalible... no podrá nunca «hacerse la tonta» porque no contempla nunca, en su frenético e inigualable calcular, las «ciegas esperanzas». No, la I. A., independientemente de lo que avance, nunca será una inteligencia humana. Si alcanzara alguna vez la condición de humana lo primero que realizaría al tomar conciencia de ello sería seguir la instrucción del Sileno. Al descubrirse a sí misma humana lo que haría, inmediatamente, sería suicidarse. No, el peligro no es que la I.A. alcance la capacidad humana, el peligro es hoy que los humanos nos queramos emparentar en nuestra inteligencia con la I.A. □



“ La
Inteligencia
Artificial no se
puede permitir
el traspicé, pisa
sólida sobre
una cáscara de
plátano ”

ISTOCK